

Si existe un ámbito de este tipo, hecho de distanciamiento, entonces ya no puede sorprender que también puede darse un «mirar» no afectado por el interés animal, sino de otra clase... No nos cosquillea ningún interés animal, sino una captativa de otro tipo, hecha toda ella de capacidad de admirarse, de sentirse humilde, de agradecer, de venerar llenos de gozo, etcétera²⁴.

Todo ello facilita ver cómo el hombre no puede evitar estos dos ámbitos presentes en la realidad (dinámica de «este mundo»/ «mirada otra»). Incluso en el origen de la experiencia de lo sagrado, Savater estima que el Gran Árbol, cuya presencia y sentido ha adquirido un carácter numinoso para el hombre del bosque, nunca por ello termina de formar parte del bosque con los otros árboles. Es decir, las coordenadas del hombre para «registrar» lo sagrado no pueden caer en el descuido de la presencia de lo profano ahí también:

El Gran Árbol escapa a las necesidades homogéneas de los restantes árboles del bosque, tal como se instala más allá del reino de la instrumentalidad y de la mano avasalladora del hombre; pero ni abandona en modo alguno el bosque ni deja de ser auténtico árbol; es, por el contrario, el árbol más completo, el árbol más fuerte, el árbol victorioso. Está *separado* (es sagrado) pero sigue vinculado al reino de la necesidad que ha abandonado, como su refutación y como su rescate; tal como el hombre, en el momento del sacrificio o de la fiesta, se sitúa más allá de toda necesidad, sin dejar de estar plenamente sujeto a todas las necesidades humanas. Sujeto a todas las necesidades, *pero de tal modo separado, sagrado, que éstas han dejado efectivamente de ser necesarias*. La separación logra abolir la necesidad, pero mantiene intacto el vínculo con lo necesario. ¿Dónde ocurre esto? En la profundidad de una intimidad separada, a la que es por un lado equívoco y por otro imprescindible (hoy, aquí) llamar espíritu, cuya manifestación concreta es en primer término la religión²⁵.

Lo interesante, sin embargo, es percibir en Comas, el proceso que permite privilegiar la densidad de la R. O. en el hombre cuyo sentido no es buscar satisfacciones propias «sino sólo que la realidad captada crezca y exista en todo su esplendor»²⁶; porque dentro del binomio «estímulo» —«respuesta» el eco que ella provoca es desinteresado y libre.

Ese proceso está constituido en el sujeto por una «iniciación», por una «llamada» y por un «camino» —formalmente así definidos en religiones— y a medida que son reconocidos como tales expresan rivalidad con las cosas de «este mundo». ¿Por qué? La «iniciación» supone en el hombre cierto encuentro con una «vida nueva». En vez de vivir «este mundo» ha de vivir la R. O., cosa en un comienzo conflictiva. El «camino» pide unas determinadas actividades o técnicas para alcanzarla, no dejando de vislumbrar nunca el hombre que al final de la «ruta» aguarda algo interesante, propio de la R. O., cosa que se puede abandonar por el «deseo»; y, también la «llamada» puede ser impedida por el «griterío de los deseos», dice Comas²⁷.

¿Cómo resolver entonces esta cuestión cuando el hombre no puede evitar el tener ámbitos en su vida? En el caso de la «iniciación» todo dependerá de la forma como rivalicen la R.O. y «este mundo» en el «yo» de la persona:

²⁴ Pp. 56-57.

²⁵ Fernando Savater. Op. cit., pp. 25-26.

²⁶ P. 58.

²⁷ P. 60.

A medida que el yo se va inclinando cada vez más a menudo por una de las dos esferas, ese yo se va transformando más y más en aquella esfera misma. Por ejemplo, al hombre que sistemáticamente opta por «ansias biológicas de vivir», la captativa «otra» se le va adormeciendo, mientras que las ansias biológicas le van creciendo más y más hasta absorber todas sus energías interiores; se transforma en lo que decía San Pablo: «el hombre animal». En cambio el hombre que va optando por las «realidades otras», va afinando su captativa otra, la va alimentando con lo que capta, y poco a poco él mismo se va transformando en «otro», es decir va habitando en esta esfera «otra». La transformación interior del hombre, que es lo que pretenden todas las religiones, ocurre en este ir optando por la «Realidad Otra», día tras día, de manera que la captativa «otra» va creciendo, y el hombre se va transformando todo él en un voto a favor de que la R. O. exista y sea su Señor²⁸.

Una vez percatado el hombre de la riqueza de la R. O. frente a «este mundo», el «camino» adquiere dos características en el sujeto: una negativa y otra positiva. Comas afirma que la cara negativa se expresa con el siguiente criterio: «morir al deseo» o «matar al deseo»²⁹. Esto quiere decir:

ir negando a las «ansias biológicas de vivir» el protagonismo a la hora de elegir la conducta a seguir. A medida que una y otra vez se le niegan sus peticiones, el «deseo» va perdiendo ganas de seguir reclamando sus derechos, se vuelve menos activo, se rinde y accede a no ser ya el protagonista en las decisiones del «yo». Y puesto que ese «deseo» ha sido negado por amor de la «Realidad Otra», el seguimiento de esa realidad se va implantando como protagonista de la conducta del yo. Ha habido pues un ejercicio continuado de quebrantamiento del «deseo», que ha terminado haciéndolo morir como protagonista. Este ejercicio continuado de matar el protagonismo del «deseo» varía según las religiones: unas se lo plantean temáticamente (por ejemplo, el yoga o el budismo), mientras que otras lo practican al buscar otras cosas (por ejemplo, en el cristianismo la práctica del amor al hermano comporta necesariamente negar muchas veces el «deseo»); también la guerra santa y el sometimiento al destino dictado por Alá comportan este morir al «deseo» sin que sea menester proponérselo temáticamente³⁰.

Estima Comas que este proceso debe ser vivido dentro de una comunidad «donde haya hombres que ya hayan pasado por ese camino». Ellos pueden ir aconsejando qué pasos dar «para que vaya creciendo la presencia de la Realidad Otra, y tome el relevo del deseo, como guía del yo».

La cara positiva la entiende Comas como algo presente en todas las religiones:

Cultivar el silencio interior (y con tiempos explícitos de ello) para que los ojos se vayan abriendo a la «Realidad Otra»; o sea, la oración o contemplación entendidas en un sentido amplio. Este aspecto positivo es complementario del negativo: «se muere al deseo» precisamente para ser capaz de «ver», y no se puede llegar a «ver» sin antes haber «muerto al deseo»... El ejercicio continuado del deseo hace que éste acabe absorbiendo todas las energías psíquicas, de manera que la capacidad interior para captar la «Realidad Otra» languidece, queda exangüe, se duerme. Si en cambio vamos «matando el deseo», la captativa interior va adquiriendo protagonismo (ya que se mata el deseo en aras de alcanzar la «realidad otra»); habiendo acallado el «griterío de los deseos», reina un silencio donde se puede aprender a escuchar la música tenue de la «Realidad Otra»; o para decirlo con otra de las metáforas utilizadas por las religiones, habiendo apagado los focos del «deseo», que nos fascinaban y nos tenían deslumbrados, en esta noche llena de paz los ojos se van acostumbrando a una especie nueva de luz, la misteriosa luz de la «Realidad Otra»... que poco a poco llega a sernos más clara que el día³¹.

²⁸ P. 61.

²⁹ P. 61.

³⁰ P. 62.

³¹ P. 62.

Esta práctica sobre el silencio en el hombre, a pesar de ser acusada como egoísta, porque al parecer así se busca su propia felicidad, tiene un aspecto positivo destacado: en realidad si ese sujeto es fiel a ese silencio, es fiel a un propósito ineludible, y ello significa estar trabajando «por su grupo humano, puesto que si él llega a la unión con la R. O. entonces quedará transformado y la R. O. podrá servirse de él para hacerse presente en el mundo, y llamar al grupo humano entero a estos horizontes supremos. Ponerse, pues, a la escucha paciente de la R. O. no ha de ser un egoísta «gourmetismo» espiritual, sino una fidelidad heroica a una llamada, fidelidad que además es consciente de que gracias a la posible transfiguración del «yo» la R. O. podrá hacerse presente a todo el grupo humano y vivificarlo»³².

Por último, la «llamada» (que en realidad es previa al «camino») guarda relación con el atractivo que debe despertar la R. O. (gracias a esa «mirada otra» que todos tenemos en nuestro interior) en el hombre. No basta solamente con optar por renunciar a las «ansias» biológico-vitales una vez «iniciado». Pues ese atractivo que despierta la R. O. está a veces soterrado bajo muchos velos del deseo que nos distraen. Algo o alguien debe señalarnos, a pesar de esa atracción (debilitada) la magnitud y la riqueza de la «mirada otra» latente en nosotros. Y esto según Comas se logra gracias al «testimonio» del maestro o de la comunidad creyente y a «las formulaciones religiosas»³³.

El «testimonio» del maestro o de la comunidad guarda relación con una forma de vida «que no está dirigida por el deseo... y a pesar de ello (es una forma de vida que) no parece infeliz»³⁴. Al contrario, se presiente y adivina ahí que hay algo integral y pleno que no se encuentra en otro lugar. En cierto modo «el testimonio es el mejor modo de hacer dirigir la mirada hacia donde se puede hallar la “Realidad Otra”, y así provocar que ella misma sea la que se revele al hombre y le cautive»³⁵.

La atracción ejercida por el «maestro» (o la comunidad creyente) interpela a aquél que contempla tal testimonio afectando a esa mirada «otra» que todos tenemos en nuestro interior, pero muchas veces opaca por el «griterío de los deseos». Esa interpelación es en cierto modo sentirse «llamado».

Las «formulaciones» religiosas son otra manera de hacer oír la «Llamada de la R. O.», dice Comas. Añade «que las formulaciones intentan describir (aunque inadecuadamente) la R. O. y tratan de indicar cómo esta R. O. está llamando, resulta atractiva, y cómo sería terrible dejarla escapar»³⁶. Es cierto que el «testimonio» del maestro o de la comunidad contribuyen de una forma decisiva para percibir la R. O., pero la mayoría de las religiones añaden más palabras (sacadas de «este mundo») insistiendo en la riqueza de la R. O.

Sin embargo Comas comenta algo muy llamativo —mencionando reflexiones wittgensteinianas— a propósito de aquellas religiones y fe una vez «inhibidas» ante las

³² P. 64.

³³ Pp. 64-65.

³⁴ P. 65.

³⁵ P. 65.

³⁶ P. 66.